

CARTA/ DE MUJERES/



Nos vienen dando curiosos datos los descubrimientos de la Historia y de la Arqueología referentes a la vida privada de los antiguos,—desde luego incompletos todavía—sobre el trabajo de la mujer en la antigüedad.

En Grecia como en Roma, la mujer llevaba una vida mucho menos exterior que en nuestros días.

La mujer debía guardar la casa, si bien este principio tenía sus excepciones. De otra parte, el trabajo, especialmente el manual, era tenido en poca consideración, ya que era dejado exclusivamente a los esclavos y esclavas.

Estas últimas ejecutaban todos los múltiples quehaceres exigidos en el hogar doméstico, siendo uno de los más penosos la fabricación del pan que implicaba no solamente trabajar la pasta y cocerla, sino moler el trigo por medio de muelas de piedra, movidas a brazo.

Era menester también trasladar desde la fuente o desde el manantial, a veces lejano, el agua necesaria a los diversos usos caseiros.

Además de desempeñar todos los trabajos domésticos, las esclavas participaban en la elaboración de los tejidos de lana y a su transformación en vestiduras, labor que generalmente llevábase a cabo en todas las familias.

Las mujeres de condición libre, es decir, no esclavas, no permanecían tampoco inactivas, siendo el huso y la rueca el emblema de los deberes de la esposa.

Xenofonte nos ha trazado el programa de la existencia de la perfecta ama de casa.

«En el pie al clarear el día, ella cuida de que sean ejecutadas todas las labores domésticas, en las cuales suele tomar parte también».

Ocurría que algunas mujeres, sea para acrecentar las insuficientes ganancias del marido, sea por encontrarse sola y sin recursos, ejercía un oficio. Pero las profesiones asequibles a la mujer eran poco numerosas, debiendo mencionarse apenas las profesiones libres, excepción hecha de la medicina que más de una mujer ejercía.

La servidumbre siendo desempeñada por esclava, rarísima era la mujer libre que se ganaba la vida en esta forma.

A menudo, las mujeres de condición modesta ejercían algún pequeño comercio, pero eran poco consideradas.

Tanto es así, que una vendedora cualquiera no podía ser objeto de una causa por adulterio, ya que dábese por contado que la mujer vendedora era de dudosa conducta.

Así, pues, la mujer que deseaba ganarse honestamente la vida, se dedicaba al trabajo del tejido y del aguja, pero debiendo sostener con los talleres servidos por esclavas que las grandes familias poseían en sus respectivos domicilios, luchas durísimas para la obrera solitaria.

Así se comprende que más de una de éstas cansada y rendida en un combate tan desigual, quemara en los altares de Venus sus enseres de trabajo para hacerse cantora, bailarina o tañedora de instrumentos de música. profesiones que si bien podían considerarse al margen de la galantería, cuando menos aseguraban a la mujer una existencia relativamente cómoda.

¿Quién dudará de que la mujer, en otros tiempos sostenía la misma lucha que en nuestros días, pero en condiciones mucho más difíciles?

J. R.

**¿Puede colorearse el rostro
sin Rouge?**

NUDADABLEMENTE un poco de color en las mejillas sienta bien a casi todas las mujeres. Pero el color natural es raro y fácilmente desaparece por cualquier indisposición o a la menor fatiga. El rouge daña al cutis y además siempre se nota. Si sus mejillas no son naturalmente rosadas, pruebe el efecto que les produce el rubinol en polvo: pone en un rostro pálido un delicado toque de color que no puede distinguirse del natural. Es absolutamente inofensivo para el cutis. Casi todas las farmacias y perfumerías pueden venderle un poco de rubinol en polvo.

DEL CUENCA TIPICO



Un rincón de San Andrés